

Mi Señor ama un corazón puro

por Gurumayi Chidvilasananda

Extracto 27

Una vez un joven se enamoró con locura de alguien que no correspondía a su afecto. Su condición era tan angustiante que era incapaz de pensar en nada más. No encontraba alegría en ninguna cosa. Estaba fuera de sí. Al final, uno de sus amigos le habló de un mago que vivía en las afueras del pueblo. El joven fue directamente allí e imploró al mago su ayuda.

El mago tenía ojos oscuros. Brillaban con una luz no natural. Le dijo:

–Si en verdad quieres que te ayude, tienes que seguir mis instrucciones al pie de la letra.

–¡Lo haré! -gritó el joven- ¡Haré cualquier cosa! Sólo quiero superar este sentimiento horrible.

–Entonces -dijo el mago-, no debes decir una sola plegaria durante cuarenta días, ni siquiera durante una crisis. Ni debes obedecer a Dios de ninguna manera. No hagas ninguna buena acción por nadie en la tierra. Sobre todo, no debes mencionar el nombre de Dios ni dar voz a ningún tipo de buena intención. Si sigues estas instrucciones escrupulosamente, podré configurar una poca de magia para lograr tu propósito.

El joven realmente quería superar esa enfermedad de infatuación y amor no correspondido. Así que hizo todo lo que el mago le dijo. A los cuarenta días, regresó a la oscura y misteriosa cabaña donde vivía el mago y pagó una gran cantidad de dinero, todo lo que tenía, por un talismán. Pero no funcionó.

–No seguiste mis instrucciones -le dijo el mago con aspereza-. Algo bueno ha surgido de ti en los últimos cuarenta días.

–¡No hice nada! -protestó el joven-. ¡Lo juro! Anduve los cuarenta días sin pensar en Dios. A nadie le hice ningún buen servicio. No dije una sola palabra amable. Me abstuve de realizar ninguna acción sagrada. Huí de cualquier cosa que se acercara a la bondad. Te doy mi palabra.

–Piensa, hijo, piensa. Debes haber hecho algo, alguna cosa insignificante. De lo contrario, este talismán te habría funcionado.

El joven movió la cabeza. Repasó los cuarenta días, pero no había nada, nada que él pudiera pensar que hubiera roto el conjuro... a menos que... De pronto, dijo:

–¿Podría ser? Un día caminaba por la calle hacia mi trabajo, tropecé con una piedra. Y pensé: “Mejor la quito del camino, para que otro no se tropiece y caiga”.

–¡Ah! ¡Ésa es una buena acción! -dijo el mago, y su voz se puso más severa-. No ridiculices a ese Dios, cada uno de cuyos mandamientos pasaste por alto durante cuarenta días y, sin embargo, cuya generosidad no permitió que esta pequeña acción se desperdiciara.

Estas palabras prendieron un fuego en el corazón del joven. Ardió tan alto, que consumió su vieja infatuación en un instante y un nuevo estado de amor por Dios empezó a arder dentro de él. Se fue a su casa y siguió con la práctica de su oficio de herrero, ocultando el milagro que había cambiado su vida. Cada día ganaba un dinar. Cada noche, le daba su ganancia a los pobres. Pero su corazón estaba pleno y su felicidad era perfecta.



© 2022 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Swami Chidvilasananda, “Servicio desinteresado” cap. 10 en *Mi Señor ama un corazón puro. El yoga de las virtudes divinas* (Siddha Yoga Dham de México. México, D. F. 1995), pags. 133 - 135.